

PRESENTACIÓN

En 2019, Agustín Espinosa fue elegido como protagonista del Día de las Letras Canarias. Esta decisión del Gobierno autónomo impulsó el reconocimiento de una figura cenital, imprescindible, bien analizada y editada, especialmente en el ámbito académico por parte de diferentes investigadores vinculados a la Universidad de La Laguna, pero que aún hoy sigue reclamando el lugar que le corresponde en el panorama global de la literatura y el arte de vanguardia.

El Aula de Literatura de la Universidad de La Laguna quiso desde el principio sumarse a los homenajes y actividades que tan merecidamente iban a dedicarse al escritor, y decidió organizar una exposición en la Biblioteca General de Humanidades, a la que se vinculó un curso de extensión universitaria. Exposición y curso compartieron un mismo nombre: *Bajo el signo de Espinosa*, que se planteó como un guiño a los títulos empleados por el autor en algunos textos. Y compartieron también –o, al menos, ese fue su propósito– el espíritu lúdico y multidisciplinar del escritor homenajeado.

La idea de la exposición, que tuve el placer de comisariar junto con Vanessa Rosa Serafín, obtuvo un apoyo inmediato por parte de la Biblioteca y, muy especialmente, de María Luisa Morales Ayala, jefa de sección de Fondos Especiales y Digitalización. A nuestra iniciativa se sumaron, además, el entusiasmo y la creatividad de Ismael García, que realizó unos sugestivos carteles, y de Rosa Afonso Plasencia y Carmen Lahuerta Hernández, cuya aportación fue fundamental tanto para la recuperación de material bibliográfico como para la creación y colocación de los diferentes elementos que impregnaron el espacio bibliotecario de una atmósfera surrealista. Los profesores Carlos Brito y José Antonio Ramos Arteaga hicieron también valiosas aportaciones en la coordinación académica de la exposición. Entre todos, se creó un estimulante clima de complicidad y una implicación en el proyecto que quiero agradecer efusivamente desde aquí.

El Fondo de Canarias de la Biblioteca de Humanidades cuenta con valiosísimos ejemplares de primeras ediciones de libros, algunos incluso con dedicatorias, revistas y periódicos de la época, así como una rigurosa y completa colección de estudios dedicados tanto a la figura de Espinosa como al resto de artistas y creadores de esa hora feliz de nuestras letras. El principal objetivo de la exposición fue, por tanto, mostrar al público de diferentes generaciones estas joyas bibliográficas que reconstruyen de forma nítida la fecunda actividad creativa y crítica que se generó en la Canarias de la preguerra.

Al mismo tiempo y con objeto, como decíamos, de recrear el espíritu lúdico e iconoclasta de las vanguardias y del propio Espinosa, intentamos que la exposición no fuese exclusivamente *documentalista* y decidimos plantearla como un paseo con tres paradas, cada una de ellas concebida como una «isla» que ilustraba lo que para nosotros eran los tres momentos esenciales de la aventura literaria y cultural





Detalle de la exposición. Fotografía de Isabel Castells.

que se vivió en Canarias en los años veinte y treinta del siglo xx. De este modo, el *hall* de la Biblioteca se convirtió en un singular archipiélago cuyas vitrinas se agruparon alrededor de tres nombres: «Isla Vanguardista», «Isla Surrealista» e «Isla de las Maldiciones», cuyo recorrido permitía al público vislumbrar la evolución de nuestros artistas y escritores. Desde este planteamiento, la «Isla Vanguardista» refleja los primeros tanteos con los diferentes *ismos* —especialmente el creacionismo y el cubismo—; la «Isla Surrealista» da cuenta de la inmersión radical en la aventura bretoniana —que, para nosotros, como para sus protagonistas, era algo diferente a la experiencia anterior—; y, en fin, la «Isla de las Maldiciones», título tomado de uno de los más espeluznantes capítulos de *Crimen*, la obra cumbre de Espinosa, pretende recordar el descenso a los infiernos —de la censura, la muerte o del exilio— que supuso para nuestros autores, y muy especialmente para nuestro protagonista, el estallido de la Guerra Civil.

Alrededor de estas tres *islas*, decidimos diseminar una serie de elementos que evocaban la atmósfera de las célebres exposiciones surrealistas —un maniquí, hormigas (de plástico) que discurrían por toda la sala, por ejemplo— y de la propia obra *Crimen*: una cuna, hojillas de afeitador y otros objetos que, en su momento, al ser descontextualizados y despojados de su uso habitual, subvirtieron las bases del relato tradicional y aún hoy resultan perturbadores.

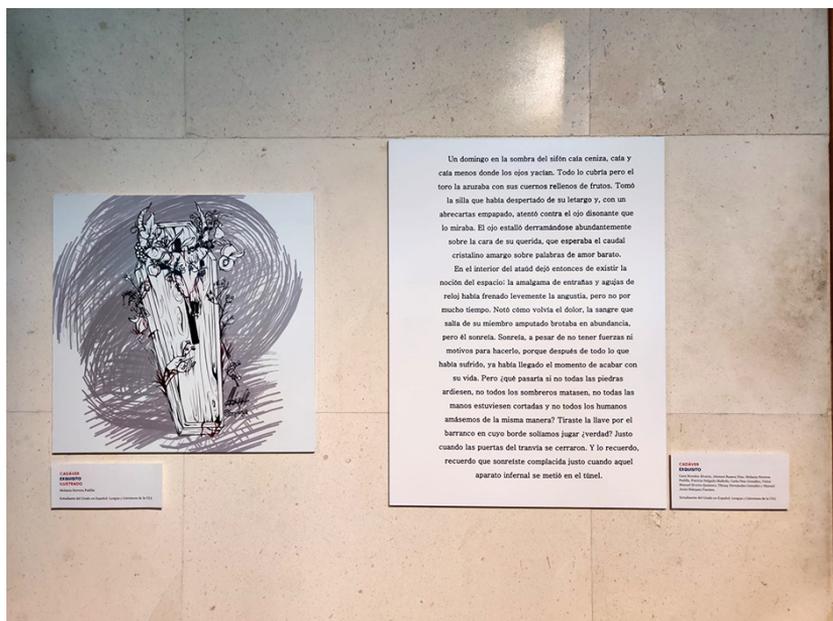


Instalación a partir de *Lancelot, 28°-7°* a cargo de Katya Vázquez Schroeder, alumna del Grado en Español: Lengua y Literatura. Fotografía de Isabel Castells.

Un objetivo primordial y seña indiscutible de identidad del Aula de Lengua y Literatura de la ULL consiste en la participación activa del alumnado en las distintas actividades, que, en esta ocasión, se tradujo en la creación de un «cadáver exquisito», un cuadro *collage* y una instalación inspirada en *Lancelot, 28°-7°* por parte de representantes de distintos cursos del Grado en Español: Lengua y Literatura, cuya apasionada implicación quiero elogiar también en estas páginas.

Además del curso, que, como apunté más arriba, recibió el mismo nombre que la exposición, se sucedieron diferentes actividades en la Biblioteca, como el análisis conjunto de *Crimen* en el Club de Lectura, la presentación de la edición de esta misma obra realizada por Alexis Ravelo para la editorial Siruela –fundamental para el reconocimiento de Espinosa fuera de las islas– y la representación de fragmentos de *La casa de Tócame Roque* a cargo de la Agrupación Teatral de Filología¹.

¹ Para más detalles, puede consultarse la web de la exposición: <https://www.ull.es/eventos/agustin-espinoza/>.



«Cadáver exquisito» realizado por el alumnado del Grado en Español: Lengua y Literatura.

El volumen que ahora presentamos nació al calor de este fervor espinosiano y da a conocer los textos de la mayor parte de las ponencias que se pronunciaron en el curso de extensión que se celebró en la sala de conferencias de la Biblioteca y en el salón de actos de la Facultad de Educación de la Universidad de La Laguna entre los días 10 y 12 de diciembre de 2019, a las que se sumaron dos contribuciones más, a cargo de Beatriz Martínez y Vanessa Rosa Serafín².

Del mismo modo que la exposición, el curso pretendió abordar las distintas facetas de Agustín Espinosa, atendiendo, por un lado, a su evolución creativa, desde el creacionismo de *Lancelot*, 28°-7° hasta la inmersión surrealista en *Crimen* y *La casa de Tócame Roque*, y, por otro, a su fecunda labor como ensayista y animador cultural, que convirtió a nuestro autor en un faro indiscutible de su generación, señalando tanto los más brillantes hitos de la tradición insular como los emergentes destellos de la que con vehemencia reivindicaba como «la nueva literatura».

En este curso participaron tanto investigadores cuya probada trayectoria los convierte en referencias indiscutibles en los estudios espinosianos como nuevas

² Puede consultarse el programa completo en este enlace: <https://sede.fg.ull.es/es/curso/detalle/a19020262/bajo-el-signo-de-espinosa>.



Detalles de la exposición. Fotografía de Isabel Castells.

voces que aportan distintas perspectivas, en un diálogo intergeneracional que resultó, como se podrá advertir en el número que ahora presentamos, muy enriquecedor. De más está decir que en todos y cada uno de estos trabajos se refleja la *luz negra* de José Miguel Pérez Corrales, incuestionado estudioso y editor de Agustín Espinosa, sin cuyo estímulo no hubieran florecido las investigaciones dedicadas al surrealismo y a la vanguardia que, afortunadamente, se han venido haciendo, y esperemos que por mucho tiempo, en nuestra Universidad.

El número se abre con un artículo de Nilo Palenzuela, que ilustra la trascendencia de Agustín Espinosa y proporciona al lector información esencial para conocer tanto las ediciones que se han hecho de la obra del autor como la atención crítica que ha recibido dentro y fuera de las islas. Partiendo de la noción bergsoniana de *durée* y de las más recientes aportaciones de Sebbag, Palenzuela realiza un recorrido intertextual e interdisciplinar que ilumina los palimpsestos de *Lancelot, 28°-7°*, donde Espinosa dialoga entre los mitos y autores clásicos y las audacias de la vanguardia, hasta desembocar en la revuelta radical que constituye *Crimen*.

En la misma línea prosiguen otros estudios de este número. Así, Carlos Brito Díaz se ocupa también de la doble vertiente de Espinosa como creador y crítico y nos muestra la atención dedicada a autores de la literatura áurea, especialmente Góngora y Lope. La perspicaz mirada del profesor Brito nos revela a un Agustín Espinosa que reinterpreta la tradición a partir del impulso cosmopolita de la primera hora

vanguardista, lo que refuerza, una vez más, su condición de animador cultural de su época y revitalizador insaciable de las letras insulares. Idéntico propósito anima a Victoria Galván a la hora de analizar una de las aportaciones más importantes de Espinosa a nuestra historia literaria: sus lúcidos escritos para reivindicar la figura de Viera y Clavijo dentro del contexto general de la Ilustración europea. En su trabajo, Galván establece conexiones entre las ideas de Espinosa y las de otros críticos de diferente signo y procedencia, lo que le permite mostrar la originalidad y las deudas en su interpretación de un autor y un movimiento que fueron determinantes en la forja de la modernidad en las letras canarias, al calor, una vez más, de un inquebrantable impulso universalizador. Se cierra este primer bloque de artículos dedicados a *la crítica de la crítica* con un documentado trabajo de Sabina Reyes de las Casas, donde se aborda una de las facetas más interesantes de Agustín Espinosa: su labor como recopilador del Romancero canario, que ha sido reconocida por los más importantes estudiosos del género y que aún hoy sigue abriendo nuevas vías de estudio.

Todas estas perspectivas demuestran la polifacética e incansable curiosidad de nuestro escritor y nos recuerdan que la vanguardia insular fue mucho más que un ruidoso *ismo* que pretendía erigirse como negación de lo anterior: antes al contrario, encontró su esencia en el vértice exacto entre lo universal y lo propio, lo popular y lo culto y, en definitiva, lo ancestral y lo radicalmente moderno.

Fruto de ello fue el interés que manifestó también Espinosa por la pintura de su tiempo y que dio lugar a inspiradores escritos y conferencias. Entre estas últimas destaca muy poderosamente *Media hora jugando a los dados*, dedicada al pintor gran-canario Jorge Oramas, de la que se ocupa Isidro Hernández en un fino trabajo que sitúa a Espinosa en su contexto, reforzando una vez más su clara conciencia generacional. Al mismo tiempo, el artículo de Hernández constituye un claro ejercicio de interpretación pictórica que abarca desde la época de Espinosa hasta la crítica actual. Por su parte, el artículo de Beatriz Martínez aborda la contribución de Espinosa al interés despertado por Picasso en el contexto de la vanguardia y el surrealismo, desde una perspectiva internacional. Para ello, Martínez elabora una exhaustiva panorámica que ilustra las diferentes posturas desde las que se manifestó el interés hacia el cubismo y la decisiva contribución del pintor malagueño a este movimiento. A Agustín Espinosa debemos, como bien indica este artículo, no solo impecables asedios críticos, sino la utilización de técnicas cubistas en su faceta creadora, especialmente en *Lancelot*, 28°-7°.

Y precisamente sobre esta obra versan los siguientes trabajos de este número. En el primero de ellos, Alicia Llarena reflexiona sobre el concepto de «artealización», señalando la correspondencia entre el pionero texto espinosiano y el proyecto de César Manrique, ya que ambos elevaron la isla a una condición mítica, más allá de lo geográfico, en la que conviven lo poético y lo espacial. La profesora Llarena nos sitúa, así, en la mirada de Espinosa, la que colocó a nuestro archipiélago, a partir de una Lanzarote convertida en *Lancelot*, en las coordenadas de una incesante fiesta cosmopolita. Desde este mismo planteamiento, el artículo de Betancort subraya de nuevo la importancia de esta obra como recuperación mítica de la isla, a través de un minucioso análisis de sus elementos estilísticos, con especial atención al humor. Asimismo, Betancort nos muestra la estela espinosiana en el arte lanza-



roteño, trazando una ruta en la que tampoco faltan referencias a César Manrique, cuya deuda con Espinosa queda nuevamente refrendada. Otro de los temas a los que hace referencia Betancort en su artículo es el cine y su gran influencia a la hora de ser recreado con ojos modernos. De esto se ocupa Alberto García Aguilar en un muy oportuno estudio, en el que establece de forma detallada y con ejemplos concretos la gran y reconocida deuda que mantuvo Espinosa con el séptimo arte, que, en el caso de *Lancelot*, se demuestra no solo en las referencias a distintos personajes del cine mudo, sino, y aquí radica uno de los principales atractivos del artículo, en la utilización en su propia escritura de técnicas cinematográficas, lo que convierte a esta obra, en palabras de García Aguilar, en una «corografía vanguardista».

Muy interesante y, sobre todo, novedoso resulta también el artículo de Alejandro Coello, en el que se exploran las relaciones de Espinosa con la danza, demostrándose una vez más lo fuertemente implicado que estaba con todas las tendencias culturales y artísticas de su época. Analizando, en su contexto, las opiniones de nuestro autor sobre las bailarinas, el artículo de Coello insiste en la fascinación de Espinosa por un nuevo modelo de mujer, autodeterminada y moderna, que se refleja en las elogiosas palabras dirigidas a María Luisa Santana y que encontramos también en el tratamiento de otras figuras femeninas a lo largo de toda su obra, desde «El contramito de Dácil» hasta la protagonista de la epatante «Oda a María Ana, primer premio de axilas sin depilar de 1930» y *Crimen*. Asimismo, en su defensa del nuevo mundo vanguardista, Espinosa se decanta por el ritmo frenético del *jazz* frente a la cadencia, para él obsoleta, del *ballet* clásico, de suerte que su concepción de la danza se traduce en la asimilación de motivos, símbolos y elementos retóricos para su propia palabra en movimiento.

Otra muestra del interés por parte de Espinosa hacia las artes escénicas se observa en la creación de la inquietante obra de teatro surrealista *La casa de Tócame Roque*, de la que se ocupa Roberto García de Mesa, especialista en esta faceta de nuestro autor y en el teatro insular de vanguardia. En esta ocasión, García de Mesa analiza los elementos sanguinarios y violentos que permiten vincular a esta obra de Espinosa con el *Grand Guignol* y el teatro de la crueldad, un ejemplo más de la multitud de perspectivas y asociaciones que permite su escritura caleidoscópica.

Experimentación, libertad, violencia y deseo de desconcertar al lector son, como sabemos, elementos esenciales en la obra cumbre de Espinosa, *Crimen*, que es, sin duda, la que ha merecido, y sigue mereciendo, mayor atención por parte de la crítica. De ella parte Alejandra Acosta para ofrecernos unas sugestivas reflexiones sobre la autoría y la repercusión de este texto, que aún hoy sigue produciendo tanto desasosiego como fascinación, en la vida de Espinosa tras el alzamiento de la Guerra Civil. A partir de las diferentes acepciones que, desde la época de Espinosa hasta nuestros días, ha ido experimentando la noción de «obscuridad», Alejandra Acosta reflexiona sobre la construcción de la identidad autorial, teniendo en cuenta tanto la intención por parte del escritor de construir un texto incendiario como su accidentada recepción. *Crimen* y *La casa de Tócame Roque* fueron, como bien sabemos, las dos últimas paradas de este singular escritor que inició su recorrido en «la isla vanguardista», deslumbró en «la isla surrealista» y acabó sus días en la ignominia de «la isla de las maldiciones».



Dos últimos artículos completan este monográfico, que, como vemos, pretende reconstruir la efervescencia crítica y creadora de la literatura canaria de las primeras décadas del siglo xx a partir de la figura cenital de Agustín Espinosa. En efecto, alrededor de este gran escritor despuntaron también otras figuras sin las que no podría entenderse esta irrepetible aventura colectiva. De ellas se ocupan Vanessa Rosa Serafín, que nos ofrece un actualizado panorama de las diferentes representaciones del paisaje insular a partir de *Lancelot*, y José Manuel Martín Fumero, quien se ocupa de esas otras voces, esos otros autores que situaron a nuestras islas en las más avanzadas coordenadas de la modernidad, siempre *bajo el signo de Espinosa*.

Quisiera terminar estas páginas expresando mi gratitud hacia Carmen Díaz Alayón, quien desde el principio apostó por este monográfico para la revista que con tanta eficacia dirige. Organizar este volumen que ahora presentamos no ha sido fácil, en medio de una pandemia mundial y con un variopinto elenco de investigadores de distintos ámbitos. Pero, gracias a su constancia y paciencia, podemos celebrar y compartir, por fin, el resultado de esta otra aventura, la de homenajear, recordar y visitar a una figura que fue determinante en las letras canarias e imprescindible en la aportación en lengua castellana a la revuelta surrealista; una aventura que resulta siempre estimulante, porque Agustín Espinosa nunca deja de sorprendernos con guiños, destellos y piruetas desde esa «rosa de los vientos» que supuso su palabra entusiasmada.

Isabel CASTELLS MOLINA
Universidad de La Laguna

